

Concluidos los barcos y profundizado convenientemente el canal, se botaron al agua el domingo 28 de abril, siendo bendecidos por el padre Olmedo, después de lo cual se pasó revista á las tropas que iban á poner el sitio, contándose setecientos infantes españoles, ciento diez y ocho ballesteros, ochenta y seis de caballería, con tres grandes cañones y diez pequeños.

Pocos días después que llegaron todos los auxiliares, se dividió ya el ejército (20 de mayo) y se emprendió la marcha. La primera división puesta á las órdenes de Pedro de Alvarado, se compuso de ciento cincuenta infantes, diez y ocho ballesteros y treinta de caballería, con más de veinticinco mil aliados y dos cañones, divididos todos en tres compañías mandadas respectivamente por Jorge de Alvarado, Andrés de Monjaraz y Gutiérrez de Bandajos; estableció su cuartel general en Tlacopán.

La segunda división mandaba por Cristóbal de Olid debería situarse en Coyohuacán, y estaba formada por ciento sesenta infantes, diez y ocho ballesteros, treinta y tres jinetes y veinte mil aliados con dos piezas de artillería, distribuidos en tres compañías que mandaban Francisco de Lugo, Andrés de Tapia y Francisco Verdugo.

La tercera división estaba á las órdenes de Gonzalo de Sandoval y se componía de ciento cincuenta soldados de infantería, veinticuatro de caballería, diez y siete escopeteros con otros dos cañones y veinte mil auxiliares, mandados por Pedro de Ireio, Luis Marín y Hernando de Lerma, debiendo fijar su cuartel en Itztapalapan.

Por último la armada estaba á las inmediatas órdenes del Capitán y se componía de innumerables canoas tripuladas por aliados y de los trece bergantines con doce escopeteros, doce marineros, un capitán, un veedor, dos artilleros y un cañón cada uno; eran los capitanes, Rodrigo Morejón de Lobera, Francisco Rodríguez Magarino, Juan Jaramillo, Juan Rodríguez de Villafuerte, Pedro Barba, Juan García de Holguín, Juan de Limpías Carvajal, Pedro de Briones, Juan de Portillo, Antonio de Carvajal, Cristóbal Flores, Antonio de Sotelo y Jerónimo Ruiz de la Mota.

Al ponerse en marcha una de las divisiones trabóse una riña entre un español y un tlaxcalteatl llamado Pitectell pariente de Xicotencatl, saliendo herido el indigena; por lo que disgustados sus compatriotas manifestaron su resentimiento, por cuya causa trató

el capitán Ojeda de calmarlos, y aunque lo consiguió de muchos, el valiente Xicotencatl se separó del campamento yéndose para Tlaxcala. Luego que lo supo Cortés mandó á Márquez y á Ojeda con una partida de caballería para que lo aprehendiesen y pidiesen al gobierno de la República autorización para castigarlo por traidor, la cual les fué concedida, de modo que aprehendiéndolo volvieron con él á Texcoco, en donde ya estaba preparada una elevada horca. Al punto fué ahorcado á la vez que un pregonero anunciaba que aquel castigo se le imponía por traidor y desertor.

¡ Así se juzgaba traidor al único tlaxcalteatl que no lo era, y se le condenaba á muerte por sus enemigos que se constituyeron en sus jueces!

CAPÍTULO VIII

Combates durante el sitio. — Derrota de los conquistadores. — Cortés prisionero. — Se resisten los sitiados á capitular. — La peste y el hambre. — Últimos asaltos. — Es hecho prisionero el emperador Cuauhtemoc. — Toma de la capital. — Suplicio de los reyes prisioneros.

Por el día 20 de mayo de 1521 empezó el riguroso sitio de México, pues en esa fecha se demolió parte del acueducto que conducía de Chapultepec el agua á la ciudad, y se encontraron ya situados en sus respectivos campamentos de Itztapalapan, Tlacopán y Coyohuacán los capitanes de Cortés.

Al pasar este general con su flota por la ribera meridional del lago, al ir á ver el estado de las divisiones, recibió una lluvia de flechas y piedras que le arrojaban desde una encumbrada roca, llamada después *Peñón viejo ó del Marqués*, desde donde observaban los mexicanos todos sus movimientos y los avisaban á los de la capital por medio de humaredas. Al punto mandó Cortés desembarcar la mayor parte de su gente y sin arredrarse por lo escarpado de la roca, ni por las estacadas que había puestas, ni por el valor con que se defendía, subió precipitadamente tomando á viva fuerza cada trinchera hasta ocupar la última de la parte superior. Apenas se

había tomado la posición cuando llegaron a socorrerla innumerables canoas llenas de guerreros; pero después de permanecer largo rato en expectativa, un viento fuerte hinchó las velas de los bergantines y los arrojó precipitadamente sobre las piraguas, que, no pudiendo resistir aquel formidable empuje, se estrellaban al choque con los barcos ó se sepultaban en las aguas al nutrido fuego de la artillería, ganando las que pudieron salvarse la calzada que conducía á la ciudad.

La armada castellana después de perseguir á las fugitivas canoas por más de tres leguas, llegó al anoecer á un punto llamado Xoloc, lugar de reunión de la calzada principal y la de Coyohuacán, en donde había dos torreones fortificados, los que tomó después de una vigorosa resistencia. Como desde aquel punto se podía hacer gran daño á la capital, en la noche lo atacó Cuauhtemoc con desesperado empeño; pero nada pudo conseguir ante las combinadas maniobras del ejército que lo defendía y de los bergantines que lo sostenían desde las aguas.

Una semana entera repitieron diariamente sus asaltos para recuperar aquella posición, en cuyo tiempo observó Alvarado que por una calzada que entonces se llamaba de Tepeyacac y hoy de Guadalupe, se comunicaba la ciudad con el exterior, recibiendo socorros y provisiones. En tal virtud se previno á Sandoval que ocupase aquel punto con su división, quedando con eso enteramente cerrada la circunvalación.

Ansioso don Hernando quiso hacer una entrada general á Tenochtitlan, pero aunque logró penetrar hasta la plaza principal, advirtió entonces que el enemigo procuraba cortarle la retirada, por lo que antes que las sombras de la noche aumentaran la confusión, salió de la ciudad ayudado por una sección de caballería que se introdujo con ese objeto.

Inmediatamente se le sometieron los pueblos de Tlahuac, Xochimilco, Mixquic, Culhuacán, Mexicaltzingo y Churubusco, que rodeaban la ciudad, con lo que los conquistadores concentraron en ella toda su atención.

Á los tres días de la primera, hizo Cortés su segunda entrada, llegando otra vez hasta la plaza, de donde no quiso pasar, ocupándose todo el día en destruir las trincheras y cegar los fosos; se apoderó del teocalli mayor en el que en vano sus compañeros buscaron

la cruz é imágenes que habían dejado, pues sólo hallaron un nuevo idolo de Huitzilopochtli del que únicamente les agradó la máscara de oro que tenía y que se apropiaron gustosos.

Por más de veinte días consecutivos duraron los asaltos y las entradas, sin otro resultado que ir destruyendo aquella gran ciudad, pues los asaltantes se ocupaban en destruir los parapetos y los edificios durante todo el día, mientras que por la noche los defensores reparaban sus trincheras y trataban de levantar de nuevo sus hogares.

En una de estas entradas que hizo Alvarado, guiado por su carácter impetuoso no se detuvo en su marcha en cegar los fosos que dejaba tras de sí, de manera que los mexicanos que advirtieron su imprudencia, lo acometieron en su retirada, derrotándolo completamente, pues se retiró en el mayor desorden perdiendo armas y soldados, de los que cinco cayeron prisioneros y fueron luego sacrificados en el templo de Tlatelolco á la vista de sus compatriotas.

Los encuentros navales también eran frecuentes. Por esos días los mexicanos construyeron treinta grandes embarcaciones, y ocultándolas entre los espesos tulares, clavaron en las cercanías gruesas y grandes estacas que estorbaran los movimientos de los barcos españoles; entonces unas canoas provocaron á dos bergantines de la armada y fingiendo una retirada los atrajeron á la emboscada en donde estuvieron en grave riesgo de caer en su poder, y aunque lograron escapar, tuvieron pérdidas de consideración, pues entre los que murieron se contaron los dos capitanes Juan de Portillo y Pedro de Barba.

Esta derrota hizo que el conquistador á los pocos días les preparara á los indigenas la misma celada, en la que cayeron perdiendo gran número de canoas.

Cansados ya los españoles de aquellas fatigas y sin esperanza de obtener una capitulación, pues Cuauhtemoc había dejado sin respuesta cuantas proposiciones se le habían hecho, urgían al General para que tomara posiciones dentro de la capital. Cortés por mostrarse consecuente con los deseos de sus soldados, ordenó el asalto general para el día 28 de junio, el cual llegado, se emprendió la marcha con dirección al mercado de Tlatelolco, que como se ha dicho ya, era un barrio de México, por las tres calles que de Tlaco-

pán conducían á aquel lugar : don Hernando con cien infantes, veinticinco ballesteros, ocho caballos y buen número de aliados, se dirigió por la calle más angosta; por la principal iba el tesorero Julián de Alderete con setenta peones, ocho caballos y veinte mil tlaxcalteca, y por la última calle tomaron Jorge de Alvarado y Andrés de Tapia con ochenta infantes y diez mil auxiliares, protegidas las tres columnas por seis piezas de artillería.

Bien pronto se trabaron distintos combates en las primeras cortaduras que encontraron, renovándose en cada una de las siguientes, no obstante lo cual, casi llegaban ya al mercado cuando Cortés por vigilar á las otras dos secciones cortó por una calle para incorporarse á ellas; mas apenas llegó cuando vió que retrocedían en completo desorden.

Aunque había ordenado que no se internasen sin dejar antes bien cubiertos los fosos y cortaduras que fueran dejando á retaguardia, Alderete no cumplió con tan prudente mandato; de suerte que los mexicanos que tal cosa vieron, aflojaron en la defensa, dejando que los extranjeros entrasen con facilidad; una vez avanzados se oyó el lúgubre sonido del atambor sagrado, y por todas partes se arrojaron sobre el descuidado grupo poniéndolo en precipitada fuga.

En vano quiso Cortés contener aquella acobardada muchedumbre : los de atrás arrollaban á los que adelante trataban de hacer frente, y por todos lados los guerreros de Cuauhtemoc se arrojaban sobre ellos. En aquella lucha fué envuelto el valiente Capitán que cayó en tierra de una herida que recibió en una pierna y sin poder defenderse cayó en poder de los azteca. Llevábanlo ya al sacrificio cuando el bravo Cristóbal de Olea¹ se arrojó á caballo sobre el que lo tenía cautivo y de un tajo rebanóle el brazo, dando con esto tiempo á que llegara en su ayuda un capitán tlaxcaltecatl nombrado Teamacatzin y luego un llamado Lerma con el paje Cristóbal Guzmán, y el capitán Antonio de Quiñones, y pudieran salvarlo, con gran trabajo á costa de la vida de Olea y sensibles pérdidas.

1. Parece dudoso que el mismo Olea que en Xochimilco libertó á Cortés, recibiendo por ello tres heridas, volviera á arrebatarlo del poder de sus enemigos, pagando en esta vez con la vida su lealtad; pero el verídico Bernal Díaz así lo afirma aun identificando su persona en ambos pasajes al referir que era natural de Medina del Campo en Castilla la Vieja.

Entre tanto Alderete que luchaba por apoderarse de una trinchera emprendió violentamente la retirada al ver que de una casa le arrojaron tres cabezas españolas diciéndole Malinche, Malinche, á la vez que á Cortés le arrojaban otras con los gritos de Tonatiuh, Sandoval¹!

Todavía después de la derrota, cuando ya se encontraba el ejército en sus tiendas, volvieron á sonar el *tlapanhuchuell* en lo alto del teocalli; era que sacrificaban entre fiestas y danzas á los desgraciados blancos que acababan de aprisionar.

El triunfo de Cuauhtemoc alentó á los mexicanos que confiando en las palabras de sus sacerdotes esperaban que Huitzilopochtli los salvaría; mandaron á los pueblos vecinos las cabezas de los extranjeros que habían muerto, logrando que algunos desertasen de las banderas del conquistador, y emprendieron algunas salidas por sus reales.

Pocos días después y cuando empezaba á sentirse en la ciudad sitiada la escasez de provisiones, envió Cortés á unos prisioneros para que le ofreciesen la paz al Emperador, quien reunió una junta en que se rechazó la oferta, declarando entonces el joven rey que morirían mejor los mexicanos peleando, que verse en poder de los que los harían esclavos.

Otro buque perteneciente á Ponce de León el descubridor de La Florida, llegó en aquellos días á la Villa Rica, marchando luego sus tripulantes y soldados á presentarse al Capitán general, llevando buena cantidad de municiones. De manera que con este refuerzo y el de otros indios que se le habían sometido, se acordó ya un plan de campaña que prometía más seguros resultados.

Se formó por Cortés un cuerpo de zapadores compuesto de más de cien mil indios armados de *coas*, palas y otros instrumentos y se ordenó que mientras se sostenían los asaltos aquéllos destruyeran completamente las casas y edificios, rellenando con sus escombros los fosos y cortaduras. Ya era mucho lo que entonces se había destruido, pero como no bastaba tumbar los templos ú otros edifi-

1. Después que los consules Libio y Nerón vencieron á Asdrúbal en la famosa batalla del Metauro, arrojaron su cabeza al campo de Anibal, que al sentir herido su corazón de hermano y sus esperanzas de guerrero, con la vista de aquel sangriento despojo, no pudo menos que decir: Reconozco la fortuna de Roma.

cios de consideración, pues cada casa se convertía en fortaleza desde donde hostilizaban sin cesar á los conquistadores, tuvo necesidad don Hernando de tomar aquella medida.

Repitiéronse los combates cada día, necesitando los españoles para ir reduciendo el sitio, no sólo destruir las casas, sino aun tirar los escombros, pues tras de ellos se parapetaban aquellos valientes defensores.

En principios de agosto la populosa Tenochtitlán estaba convertida en ruinas; apenas quedaban en pie la plaza principal, el teocalli y unas cuantas casas; sus habitantes á pesar de su frugalidad no tenían ya que comer y estaban débiles y hambrientos; toda la superficie estaba cubierta de cadáveres, y la peste ponía el colmo á tantas desdichas.

No eran únicamente los guerreros los que sostenían aquella plaza, pues aun las mujeres se ocupaban en labrar las piedras arrojadas, hacer hondas, preparar las flechas y con una abnegación sublime compartían con sus maridos los peligros de la guerra¹.

Ixtlixochitl logró en uno de aquellos diarios combates aprehender á su hermano Coanacotzin que fué encadenado luego, con lo que abandonaron la ciudad los soldados de Acolhuacán.

Reducidos los mexicanos á un solo barrio, el de Tenatitech en el extremo Noreste, se encontraban allí agrupados hombres, mujeres y niños, sin tener un techo en que abrigarse, viviendo á la intemperie y sin poder proporcionarse ni más agua que la llovediza, ni otros alimentos que algunas sabandijas.

Repitiéronse los asaltos en los días 7 y 8 de agosto, en los que perecieron más de tres mil de los defensores, después de cuyos combates ofreció Cortés un acomodamiento que rehusaron de

1. Cuando en la tercera guerra púnica los romanos, después de haber recibido los rehenes, el dinero y las armas que habían pedido á los cartagineses por hacer la paz, les notificaron que deberían siempre abandonar su capital, fundando tal deslealtad en la interpretación de la palabra *civitas*, hicieron en medio de su indignación un supremo esfuerzo por defender á Cartago, que tanta grandeza había tenido durante siete siglos. Todos sus habitantes tomaron las armas y se dedicaron con todo sacrificio á la defensa, llegando la abnegación de las mujeres hasta cortarse todos los cabellos para fabricar con ellos las cuerdas de las catapultas, las cuales no habrían podido proporcionarse de otro modo.

nuevo; pero habiendo insistido en que deseaba ver al Emperador, se señaló el día 11 para la entrevista.

Llegado el día, Cuauhtemoc no asistió, sino que mandó cinco señores principales para que se informasen de lo que quería el Capitán, pues mandóle decir que él no trataría de paz; Cortés envió á los señores mexicanos para que suplicasen á su soberano que acudiera á la entrevista, y al día siguiente muy temprano volvieron á avisarle que ya se disponía á conferenciar en la plaza principal. Luego se presentó don Hernando, pero aunque esperó tres horas, el Emperador no asistió, por lo que comprendió que había sido una burla.

Dispuso al punto un combate general y al efecto obrando en combinación mandó á Sandoval que atacase á la ciudad con los bergantines á la vez que él y Alvarado daban el asalto, que fué uno de los más terribles del asedio.

Perecieron millares de indígenas; « la carnicería fué horrible: el suelo estaba cubierto de muertos, dice Prescott, hasta llegar el caso de que los frenéticos combatientes tuviesen que subirse sobre los montones de cadáveres para poder pelear. El suelo estaba anegado en sangre que corría como agua y que teñía de rojo hasta los canales mismos. Todo era estrépito y horrible confusión. Los horrosos aullidos de los indios, los juramentos y maldiciones de los cristianos, los quejidos de los heridos, los lamentos de las mujeres, los lloros de los niños, los rudos golpes de los conquistadores, el estertor de los agonizantes, el rápido y resonante fragor de los mosquetes, el silbo de las saetas, el rechinado y sordo ruido de los incendiados techos que se desplomaban, las densas nubes y columnas de polvo y humo que envolvían á la ciudad en tétrica obscuridad; todo este conjunto formaba una escena espantable que aterró hasta el animoso corazón de los conquistadores, habituados á los duros trances de la guerra y á los horrores de la sangre y de la muerte. »

Quando la noche puso fin á este cuadro desgarrador, el Capitán general dispuso se continuara la lucha al día siguiente á fin de no perder las ventajas obtenidas; pero al amanecer el memorable martes 13 de agosto de 1521 *ce coatl* del mes *Tlaxochimaco* del año *yey Calli*, y cuando se ocupaba en abocar los cañones y prepararse para la nueva entrada, habló con el *Cihuacoatl* ó general de

los sitiados, para que convenciese al Emperador á que viniera á tratar de la paz, pues iban todos á morir. Volvió el guerrero azteca después de unas cuatro horas á decirle que Cuauhtemoc queria mejor morir que rendirse ó presentarse, con lo cual se ordenó el combate cerca del medio día. Más que luchas eran degüellos aquellos últimos encuentros, pues los defensores debilitados por el hambre apenas podían sostenerse con el peso de sus armas, sin tener fuerzas para herir á sus contrarios; sin embargo duró la refriega por algunas horas.

Entre tanto varias canoas recorrían rápidamente la superficie del lago y como de antemano sabían los españoles que el Emperador hacia ya dias que vivía en una canoa, temiendo Sandoval que lograrse fugarse, ordenó á García de Holguin que las persiguiese, pues era su bergantín el más velero de la armada.

Este capitán de navío desplegando sus velas alcanzó bien pronto las canoas, y reconociendo á una por sus adornos por la principal, le intimó se detuviese; los remeros doblaron su actividad, por lo que mandó hacerle fuego; pero entonces se detuvo y levantándose el valeroso Cuauhtemocztin, dijo: « No me tiren que yo soy el rey de México y de esta tierra y lo que te ruego es que no me llegues á mi mujer ni á mis hijos, ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mi y me lleves á Malinche. »

Acompañado de Tellepanquetzaltzin, rey de Tlacopán y de veinte personas principales, fué trasladado al bergantín y conducido á presencia de Cortés; pero en el camino salió Sandoval al encuentro de Holguin y le pidió se los entregase; se resistió éste, y tal vez se habria trabado alguna riña, si don Hernando no hubiese ido al encuentro y no la hubiera evitado con su presencia.

El Capitán lo recibió con la cortesía que en tales casos acostumbraba, mas aquel indómito prisionero le dijo luego que lo vio: « Señor Malinche, he cumplido con lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y de mi pueblo y no he podido hacer más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, haz de mi lo que queráis. » Y poniendo la mano en un puñal que don Hernando llevaba al cinto, agregó: « Toma luego este puñal y márame. »

Consolóle Cortés como pudo, alabó su denuedo, le hizo mil promesas, y mandando traer á su esposa Tecuichpo y comitiva, hizo que les sirviesen algún refrigerio. Cuauhtemoc era como

ya se ha dicho de veintitrés á veinticuatro años de edad, de proporcionada estatura y robusta complexión, de ojos brillantes, color más blanco que el de sus compatriotas y modales graves é insinuantes.

Los mexicanos luego que supieron su aprehensión, rindieron las armas y al anochecer de tan funesto día, los españoles se retiraron á sus tiendas apoderándose al día siguiente del resto de la que habia sido Tenochtitlán México, y que consisia entonces en un reducido montón de escombros y cadáveres.

Las pérdidas de los mexicanos se calculan aproximadamente en ciento cuarenta mil hombres, de los que cincuenta mil murieron por la peste; por parte de los sitiadores, fué reducido el número de los españoles muertos, aunque los auxiliares perdieron cerca de treinta mil.

Así concluyó su vida independiente aquel pueblo que á pesar del aislamiento en que siempre vivió, fué el que alcanzó un grado superior de civilización, contándose por esto como el primero de la América.

Setenta y cinco días duró el riguroso sitio de Tenochtitlán durante el cual no pasó uno solo sin que la sangre de sus defensores no se derramara en la ciudad ó en sus alrededores; ¡setenta y cinco días duró la destrucción de la ciudad tan heroicamente defendida por un pueblo bárbaro!

Cortés hizo llegar de diferentes partes maiz y otras provisiones, y después de solemnizar su triunfo con orgías y procesiones, se ocupó en recoger el oro y demás riquezas que tanto halagaban su codicia y la de sus compañeros.

Habian visto únicamente los tesoros de Axayacatl y formaban una inmensa riqueza, de suerte que se prometían despojos riquísimos; pero cuando le presentaron á Cortés todo el oro recogido le pareció bien poco, por lo que dijo que sólo el que habian perdido ellos en la *noche triste* era más que el que veía; los mexicanos contestaron que los de Tlatelolco lo habian tomado; replicaron éstos que todo lo habian devuelto, poniendo Cuauhtemoc fin al altercado diciendo con severidad que no habia más oro que aquél. Una vez fundido se vió que apenas excedió de veinte mil onzas, y como esta suma tenia que repartirse entre todos los soldados después de sacar el quinto del Rey, les correspondía una cantidad tan pequeña que no satisfacía sus esperanzas, por lo que muchos se negaron á recibirla.

Como otras veces Cortés les había defraudado su botín, y aun había llegado á cambiarles esclavos, poniendo gente anciana ó deforme en lugar de los mozos de servicio, naturalmente empezaron las murmuraciones contra él, asegurando que por apoderarse de las riquezas las había ocultado de acuerdo con el monarca mexicano. Julián de Alderete tesorero del Rey, fué uno de los que más crédito dieron á semejante suposición y como Cortés por librarse de tal cargo, hiciese recaer todas las sospechas sobre Cuauhtemotzin, diciendo que él las había escondido, entonces pidiéronle empeñosamente que le diera tormento para que dijese dónde las había ocultado.

Se prestó Cortés á tan grande infamia é hizo untar aceite en los pies y en las manos de los reyes de México y de Tlacopán, poniéndoles luego en una hoguera. El ánimo más fuerte se estremece ante tan cruel suplicio y se sorprende de encontrar tanta entereza en aquellos desgraciados principes, pues fué impotente para arrancarles no sólo su secreto, pero ni siquiera una queja.

Tellepanquetzal, conmovido por el dolor, dirigióle apenas una mirada significativa al denodado Cuauhtemoc, que se limitó á decirle con una serenidad espartana: *¿Estoy yo acaso en un deleite ó baño?*

Viendo entonces don Hernando que todo era inútil, horrorizado de tanta crueldad y avergonzado de su proceder, los mandó quitar de la hoguera, «antes de que fuera tarde, dice Prescott; sin embargo de que ya lo era para libertar su nombre de una mancha indeleble»¹.

1. En la pesquisa secreta que años más tarde, levantó la primera Audiencia, se lee lo siguiente: «..... Otrosí se le hace cargo al dicho don Hernando Cortés, que después que se ganó esta Cibdad tomó en su poder á Guatemala, Señor de ella é á otros muchos señores é los tubo en su casa con poco temor de Dios; é con cobdicia desordenada, mandó dar é dió tormentos de fuego á los susodichos, para aber el oro de Montesuma; y el dicho Guatemala quedó lisiado de los pies de los tormentos que rrecribió; é así mesmo asó un indio muy prencipal, estando vivo, por lo susodicho, fasta tanto que murió.» (*Colección de Documentos inéditos de Indias*, tomo 27, pág. 23.)

* A los treinta é dos cargos que se ponen, contesta García de Llerena apoderado del conquistador, que atormentó á Guatemala é á otros indios por aber el oro é xoyas quellos ternían, se rresponde: que si el dicho don Hernando Cortés atormentó á Guatemala é á los demás señores que

Después dijo Cuauhtemoc que cuatro dias antes había arrojado á la laguna todos los tesoros que buscaban, y aunque buenos nada-dores y buzos trataron de sacar aquellas riquezas, sólo encontraron en un estanque un sol ó calendario redondo de oro macizo y de gran diámetro.

CAPÍTULO IX

Ligeras consideraciones sobre la conquista de México y sobre la persona del conquistador. — Cristóbal de Tapia. — Reedificación de la ciudad. — Expedición de las Hibueras.

Todo ha cambiado en el territorio de Anáhuac.

Dueños los conquistadores de él, le imprimieron nueva y diferente marcha, según los sentimientos que entonces prevalecían; pero antes que juzgar los sucesos posteriores es necesario formar un juicio acerca de la conquista y del hombre que la llevó á cabo.

disce, sería é fué á pedimento é rrequerimiento de los oficiales de Vuestra Magestad é del Thesorero Alderete, porquel dicho Thesorero se obiese para Vuestra Magestad, creyendo que los dichos yndios lo ternían, é non para lo quel dicho cargo disce; é los tormentos no fueron tales como en el dicho cargo se contiene, é se dieron contra voluntad del dicho don Hernando Cortés. » (Tomo cit. págs., 239 y 240.)

También el señor Alamán emplea esta misma defensa: « Cortés, dice, se hallaba en este caso en la misma situación en que Tácito representa al emperador Otón, cuando á su pesar mandaba quitar la vida á los ministros y amigos de su antecesor Galba. Tenía bastante autoridad para mandar cometer el crimen; pero no para impedirlo », dice aquel escritor, que con esas pocas pinceladas ha pintado tan al vivo la posición en que se encuentra un jefe que debe su autoridad á la muchedumbre por medio de una revolución, y que tiene que ceder á la voluntad caprichosa de los que le elevaron al poder ». (*Disertaciones*, tomo 1.º, págs. 154 y 155.)

Estas defensas son muy débiles para librar á Cortés de la fea mancha de cruel, avaro y codicioso; pues había dado espontáneamente su palabra á Cuauhtemotzin de que lo trataría bien y debió haberla cumplido. En otras condiciones mucho más críticas había dominado á sus soldados, era un hombre demasiado enérgico para dejarse dominar por aquellos á quienes tenía sujetos y en quienes ejercía un ascendiente completo. Nada

Indudablemente que lo que entonces se llamaba *derecho de conquista* es una de tantas aberraciones del entendimiento; pues jamás puede existir un verdadero derecho para que una nación se apodere de otra tan libre como ella, y le quite su independencia y soberanía. El *derecho de conquista* no es otra cosa que el *derecho de la fuerza*.

Nada importa que se invoque la civilización más aventajada del pueblo conquistador, porque si tal superioridad concediera semejante derecho, vendríamos á parar al absurdo de que un solo pueblo, el más aventajado, tendría facultad de sujetar á todos los demás que fueran algo menos cultos. La igualdad de las naciones es la base del derecho internacional, lo mismo que en el hombre es un derecho natural inalienable y base de otros derechos; y así como está hoy enteramente rechazada la doctrina de la antigüedad profesada por el mismo Aristóteles de que los hombres menos inteligentes estaban destinados por la naturaleza á ser esclavos de los de más ingenio, así también está hoy reconocido que no hay derecho para privar de su libertad á las naciones á quienes Dios la concedió.

Si se sostiene ese derecho con el pretexto de la religión, se comete una viva inconsecuencia, tanto al hacer lo mismo que la religión entonces reprueba, como al querer imponer por la fuerza lo que sólo puede y debe abrazarse por el sentimiento y la convicción.

En consecuencia es una verdad evidente que conforme á los principios absolutos, la conquista de México fué una grande iniquidad¹.

le habría sido más fácil que impedir aquel suplicio si lo hubiera querido; pero aun suponiendo que no lo pudiera hacer, no le valdría esa disculpa, como no le valió á Pilatos el lavarse las manos, ni el hacer recaer la sangre de Cristo sobre las cabezas de quienes la pedían, para librarse de la ignominia de la posteridad. « Cubrir tamaña injusticia en tan eminente carácter de la reprobación del género humano, es privar á la historia de uno de sus más importantes fueros », según la elegante expresión de Washington Irving.

1. El notable literato y estadista venezolano Sr. D. Nicanor Bolet Peraza se ha dignado manifestar su aprobación á estas ideas en la siguiente manera: « No nos dejan pasar sin su correspondiente *distingo*, los críticos españoles nuestros juicios acerca de la manera cruel con que se llevó á cabo la conquista del N. Mundo. Quieren ellos que por no empañar la más perdurable gloria de España les ayudemos á justificar, en consideración á los tiempos y á las ideas que presidieron á aquella empresa, los medios que para realizarla emplearon. Y me gusta, me regocija y hasta voy á decir (porque lo siento que me enorgullece el encontrar en Vd. bríosas

Pero la humanidad, destinada á marchar progresivamente á su destino, no ha alcanzado de un golpe todas las verdades que deben dirigirla, sino que extraviada frecuentemente por diversas causas, ha caminado poco á poco, abandonando diariamente lo que hasta allí había tenido por bueno. « Las paradojas de la vispera son las verdades del día siguiente. »

De aquí resulta que los hechos históricos se juzguen no sólo con arreglo á las verdades eternas, sino también conforme á las circunstancias y al espíritu de su época; de manera que no podemos excusarnos de tomar en cuenta las ideas dominantes en el siglo xvi para formarnos un juicio exacto de la conquista de nuestra patria.

Así como en la antigua Grecia eran tenidos por bárbaros todos los pueblos que no pertenecían á ella ni estaban por lo mismo representados en el congreso de los Anfictiones, de igual modo en la edad media eran considerados todos aquellos que no profesaban la religión católica.

De este error provino la creencia de los monarcas católicos de que estaban autorizados para despojar á las naciones americanas, y de este error también nació el duro tratamiento que los conquistadores dieron á los naturales; pues suponían que todo les era lícito tratándose de infieles, y por eso se ve con cuánta frecuencia los engañaban, los robaban y les hacían todo género de iniquidades. Las islas de las Antillas colonizadas por los españoles, bien pronto quedaron des pobladas en virtud del duro trato que los colonos les daban á los naturales y del trabajo excesivo que les imponían, de manera que ya en el año de 1508 carecían de brazos para el trabajo, por lo que empezó á desarrollarse una escandalosa piratería. Al principio con engaños y promesas, después por la fuerza, llevaban indios de las otras islas, arrebatándolos de sus hogares y de sus pacíficas tareas para herrarlos como esclavos, venderlos y hacerlos perecer bien pronto.

Para que se conozca toda la infamia de tales procedimientos, me

y tonantes las ideas que en este particular abrigo y profeso. Yo no sólo no justifico ni atenúo la manera con que España conquistó la tierra que descubrió Colón, sino que condenado tengo en mi conciencia y en modo absoluto el mismo principio de conquista y lo condeno en los siglos en que se apoyaba en la idea de Dios, como ahora lo rechazo en el presente siglo en que por razón se le atribuye la idea del progreso. »

basta recordar que Guzmán daba en Pánuco ochenta indios por una yegua y cambiaba un hombre por un queso, y referir el siguiente hecho que describen el infatigable é inmortal apóstol Las Casas y el cronista Herrera. En las costas de Cumaná se establecieron dos religiosos de la Orden de Santo Domingo que bien recibidos por sus moradores, predicaron la verdadera fe, siendo de todos queridos y respetados. Llegó un buque español de los que recorrían aquellos mares esclavizando á los isleños; pero los habitantes de Cumaná en vez de huir como otras veces, fuertes con el apoyo de los virtuosos religiosos, que les inspiraron confianza, recibieron con señales de afecto á los tripulantes del buque. Después de varios días de tratarse amistosamente, los españoles invitaron al cacique, á su familia y á otros indios principales para que fuesen á comer al buque; el cacique que estaba ya bautizado y tenía el nombre de Alfonso, lo consultó con los religiosos, quienes le aconsejaron y aun le rogaron que aceptase la invitación; pero apenas había entrado en el navío con su esposa y diez y siete personas, cuando levaron anclas y amenazándolos con sus espadas para que no se arrojaran al mar, se dieron á la vela llegando á Santo Domingo donde trataron de venderlos; mas los jueces lo impidieron, y pretextando que los habían cautivado sin licencia, se los repartieron entre ellos haciéndolos esclavos. Entre tanto los indios de la costa que vieron semejante engaño, creyendo que los pobres frailes eran cómplices, trataron de matarlos; pero como pasó por allí casualmente otro navío, escribieron al prelado avisándole que habían convenido los indios en esperar cuatro meses, y si al cabo de ese término no devolvían á los cautivos, los matarían á ellos. Honda sensación causó la iniquidad de los piratas y el peligro de los religiosos, así es que fray Pedro de Córdova y otras personas influentes requirieron á los jueces para que castigasen á los salteadores y devolviesen al punto á los engañados indios; pero aquellos venales, que eran Marcelo de Villalobos, Juan Ortiz de Matienzo y Lucas Vázquez de Aillón, ni hicieron justicia ni volvieron á los desgraciados que se habían apropiado, de manera que habiendo trascurrido en vano los cuatro meses, sacrificaron á los religiosos á quienes tanto acusaban las apariencias, « siendo así aquellos frailes, como dice Quintana, mártires no de la barbarie é idolatría india, sino de la alevosía y codicia de los europeos ».

Si así obraban los Magistrados, ¿con razón el obispo ilustre de

Chiapas les llama « *Adelantados* porque se adelantaban en hacer males y daños gravísimos á gentes pacíficas! »

Siendo pues las expresadas ideas, las de aquel tiempo y no reconociendo límites el *derecho de la guerra*, pues ni en Europa se conocían aun siquiera las doctrinas de Hugo Grocio, hay que reconocer que la conquista de México se llevó á cabo sin la crueldad que pudieron emplear y que de hecho usaron otros conquistadores. En nada disminuye esto la responsabilidad de Cortés por la mutilación de los tlaxcalteca, la matanza de Cholollan, la perfidia que empleó con Motecuhzoma, la crueldad con que trató á Cuauhtemoc y compañeros, la carnicería que hizo su teniente Alvarado, el suplicio de Cuauhtemoc, el robo de los tesoros, y otros muchos actos de pillaje y de licencia que sin razón cometió; pues el expresado juicio es *puramente relativo*.

Inmensos fueron los beneficios que reportó el país con la comunicación europea, como inmensa era la superioridad de esta civilización respecto de la mexicana; pero, ¿acaso los indígenas fueron los que más se aprovecharon de ella? ¿no se habría podido introducir en Anáhuac la moderna civilización y la fe cristiana por otros medios que los empleados en la conquista?

Con respecto á la persona del conquistador don Hernando Cortés, bien puede considerársele como uno de los primeros generales de su siglo, pues reunía todas aquellas prendas que, en sentir del Orador romano, constituyen un distinguido jefe; con un valor nunca desmentido, una serenidad asombrosa, fecundo en recursos y estratagemas, con un talento político poco común, una energía inquebrantable y un ascendiente admirable sobre los que le rodeaban, no cabe duda que es una figura histórica de bastante importancia.

Sin embargo, ya que es necesario al historiador referir todos los hechos para que se forme un verdadero juicio, tengo para mí que tan esclarecidas dotes, se hallaban oscurecidas por gravísimos defectos, defectos que rebajan en gran manera el mérito de la figura y le quitan enteramente el respeto que debe rodear á los grandes hombres.

Cortés carecía completamente de moralidad. En sus banderas llevaba un lema semejante al de Constantino; pero en sus acciones se olvidaba de él; hacía creer que su empresa era meritoria, porque la asemejaba á una cruzada; porque tenía por fin el llevar el Evan-

gelio á naciones infieles, el sacar de la idolatría á millares de pueblos, el quitar las bárbaras costumbres de la idolatría; pero esto era en realidad muy secundario; su fin principal era saciar su codicia, poseer el oro americano. Únicamente así se explica no sólo su conducta en la guerra, sino el hecho de que varios años después de la conquista no había edificado un solo templo, mientras tenía ya inmensos palacios y abundantes bodegas.

Él sabía muy bien cubrir sus actos con el barniz de la hipocresía; y así como renunció el mando en Veracruz, sólo para que se lo cediesen de nuevo sin dependencia de Velázquez, del mismo modo sólo invocaba la predicación cristiana para hacer su causa más popular.

Estos mismos medios empleó en todas sus negociaciones, no sólo con los enemigos, sino aun con sus mismos soldados, y así por tal de apoderarse de algún oro, les obligó en Tlaxcala á entregarle con fútiles pretextos el que habían logrado escapar en la *noche triste* y aun cambiarles ocultamente los cautivos apropiándose los mejores.

Su vida licenciosa es la mejor muestra de que carecía de virtudes privadas y el hecho de haber matado personalmente á su esposa doña Catalina Xuares Marcyda, demuestra evidentemente que todo lo sacrificaba á su ambición sin que el crimen mismo le detuviera; pues no satisfaciendo ya á su elevada posición aquella humilde mujer con quien había casado muchos años antes, quiso enlazarse con una noble estirpe de España, aunque para conseguirlo tuviera que cometer un horrible uxoricidio¹.

Pasados los primeros días del triunfo, é importunado Cortés por sus soldados que le pedían más oro del que se les había repartido, resolvió enviarles á expedicionar á fin de que la expectativa de las nuevas conquistas les compensara sus afanes, y con este fin mandó

1. Aunque he dado crédito á tan grave imputación, convencido por las razones que con esmero he examinado, quiero que este hecho lo juzgue el lector. No soy yo quien le hago por vez primera este cargo, pues desde que acaeció, no faltó quien se lo hiciera no obstante su alta posición; pero cayó en descrédito y todos los historiadores lo callan ó lo refutan. Entre los contemporáneos, el señor Prescott lo rechaza con calor y el señor García Icazbalceta apenas lo refiere con desdén. (*Don fray Juan Zumárraga*, México, 1881). Es el caso que en 1522 vino de Cuba á México doña Catalina sin la voluntad de su esposo y viviendo con él en Coyoacán,

á Gonzalo de Sandoval con treinta y cinco caballos, doscientos infantes y muchos auxiliares á sujetar las provincias de Tontepéc, Huatuxco y Aulicaba, y al teniente de Segura de la Frontera con doce soldados de caballería, ochenta de infantería y los inseparables aliados á la provincia de Huaxyacac. Así se fué ensanchando la dominación de los españoles en el vasto territorio mexicano, fundan-

á los tres meses de su llegada murió en una noche repentinamente, de suerte que por esto, así como por la oportunidad en que acaeció para los adelantos de Cortés, dió origen á la referida imputación, según lo afirma el distinguido escritor norte-americano, quien la refuta diciendo que el mismo Cortés, por creerla monstruosa, jamás trató de probar su inocencia que es tan infundada que pudo casarse siete años después con una noble señora española y que NI AUN LA FAMILIA DE DOÑA CATALINA le dió crédito. El estimable historiador no tuvo á la vista los documentos necesarios; pues precisamente doña María de Marcyda, madre de doña Catalina, y Juan Xuares ó Suares, su hermano, en 4 de febrero de 1529 se presentaron ante la Audiencia acusando á don Hernando de haber asesinado á su esposa. Se corrió traslado de la acusación á su apoderado Pedro Maldonado, que contestó diciendo que «es la mayor falsedad é maldad que hay en el Mundo é á lo menos nunca mayor quella otra obo»; pero entonces el acusador promovió prueba y declararon Ana Rodríguez, camarera de doña Catalina, Violante Rodríguez y María de Vera, que vivían en la misma casa, que habiéndose acostado buena al parecer doña Catalina, al poco rato á las voces de don Hernando que pedía luz, entraron á su aposento y la encontraron muerta en su cama, con unos cardenales (equimosis) en la garganta y hecho pedazos el collar de oro que llevaba al cuello con las cuentas tiradas en la cama y en el suelo; que habiéndole preguntado á Cortés que por qué tenía aquellos moretes su esposa, contestó que la había «asido por allí para la recordar quando se amorteció». Pero como en los cuerpos muertos no se causan equimosis, según está demostrado por la medicina legal, es seguro que esos cardenales fueron hechos cuando tenía vida, siendo señales de la estrangulación. Corroboran la prueba, Elvira Hernández, Marin Hernández, é Isidro Moreno que oyeron decir lo mismo; así como el hecho sobre que declaraban también, de haber inmediatamente amortajado el cadáver sepultándolo esa misma mañana poco después de amanecer, sin haber querido Cortés que se mostrara para que se cerciorasen de que él no la había matado, como se lo aconsejaron dos frailes franciscanos. Este proceso se encuentra en la magnífica Colección de Documentos inéditos de Indias, tomo 26, pág. 298 y siguientes (Madrid, 1876) y aunque se ha dicho que en el tiempo en que se instauró tenía el marqués del Valle muchos enemigos y entre ellos los oidores, esto no basta para destruir el testimonio de personas independientes como es de suponerse de la madre y el hermano de doña Catalina; además de que también tenía poderosos y buenos amigos que pudieran

dose nuevas poblaciones; pues ya á los cuarenta días de la partida de Sandoval, echaba los cimientos de la nueva villa de Medellín.

Entre tanto en la Corte, fuerte Diego Velázquez con la protección del obispo Fonseca, consiguió que se nombrara á Cristóbal de Tapia Gobernador de Nueva España y habiendo llegado á Veracruz en diciembre de 1521, pidió que se le reconociese por tal.

El Ayuntamiento de Veracruz contestó al requerimiento de Tapia que se dirigiera al de México para obrar de consuno y entre tanto,

neutralizar aquella influencia. Todos los grandes personajes han tenido sin duda grandes enemigos, de suerte que para admitir esta excusa, sería preciso no dar crédito á ningún testimonio histórico.

Por otra parte, la autoridad de Cortés de quien aun en España se decía que «excedía en las hazañas á Alejandro Magno y en las riquezas á Crespo», debe haber influido mucho en quedar impune sin que siquiera se terminara la causa, y en que se fijara poco la atención en su crimen.

Juan Suárez de Peralta en su tratado del descubrimiento de las Indias y su conquista «exime á Cortés de la responsabilidad de este suceso y su anotador el señor don Justo de Zaragoza, después de afirmar que «La opinión pública pareció estar entonces unánime en atribuir á Hernán Cortés la muerte de su primera mujer» inserta las principales constancias del proceso y asegura que no llegó á fallarse por el consejo de Indias porque en 12 de febrero de 1537, el Emperador dispuso sobreseer la causa. «Don Carlos, dice, comprendía muy bien que consintiendo en empañar la gloriosa fama del conquistador, conocida ya en toda la Europa, hacia recaer gran parte del desprestigio en el buen nombre nacional y que para evitarlo y no disminuir la influencia del capitán á quien con tanta largueza había honrado, debía usar de aquel oportuno *acto político*.» Concluye no obstante su nota 25, suspendiendo su juicio acerca de tan delicado punto. (*Noticias históricas de la Nueva España*, Madrid, 1878, pág. 315 á 339.)

«No puede decirse, como por fallo de un tribunal, asienta el señor Riva Palacio, que Cortés ahogó á su mujer; porque las pruebas jurídicas supuesta la animosidad que en aquellos días mostraba la Audiencia con el Conquistador y la influencia que esto debe haber tenido en los testigos, pueden originar duda; pero mientras no aparezca algún documento que sirva de completa justificación, el historiador imparcial *no absolverá* de este crimen al conquistador de México. (*México á través de los siglos*, tomo 2.º, pág. 168.)

El señor general Tornel publicó el proceso en el año de 1842 en el periódico *El Cosmopolita*, sosteniendo la misma imputación. Sea de esto lo que fuere, querría estar equivocado en estas apreciaciones y que no fuera cierta semejante atrocidad.

el 12 de diciembre, hizo Cortés que los Procuradores de la ciudad, el Alcalde y Regidores, por ante Escribano le intimasen que no abandonara la población por presentarse ante el recién venido, pues ellos lo harían y examinarían las provisiones. Ante aquella ficción, encaminada á cubrir las apariencias, cedió el Conquistador, por lo que salieron luego Pedro de Alvarado Alcalde y Procurador de Temixtlán, como llamaban á México, Gonzalo de Sandoval y Diego de Soto representantes de Cortés, dirigiéndose á Cempoala donde reunidos con Francisco Álvarez Chico, Alcalde de Veracruz, y con los Regidores Jorge de Alvarado y Ramón Cuenca, con el Factor Bernardino Vázquez de Tapia, con el Regidor y Procurador de Segura de la Frontera Cristóbal Corral, y con el de Medellín Andrés de Monjaraz, celebraron una entrevista con el nuevo Gobernador.

Allí apelando siempre al formulismo, protestaron obediencia á las reales provisiones, besándolas y poniéndolas sobre sus cabezas; pero manifestaron en diversas conferencias que, siendo falsas las relaciones que habían motivado aquellas provisiones, suplicaban de ellas ante sus Majestades, y como no había sobre los Consejos municipales otra autoridad superior que la del Rey, ni estaban detalladas por ley alguna las atribuciones de los funcionarios, Tapia tuvo que ceder, contentándose con pedir testimonio de cuanto había pasado.

Después fué á Coyahuacán en donde el teniente de la villa, Álvarez Chico, le mandó que abandonase luego la Nueva España por convenir así al servicio del Rey; cuyo mandamiento hizo efectivo el alguacil mayor Gonzalo de Sandoval.

En el mes de mayo siguiente envió Cortés á Alonso de Ávila y Antonio Quiñones con una carta del ejército y ricos presentes para el Emperador; pero fué desgraciada esta comisión, pues Quiñones murió en una riña que tuvo en las Azores, y el oro y joyas cayeron después en poder del corsario francés Juan Florin.

Entre tanto en la Corte se agitaba ante el Regente Adriano de Utrech la cuestión entre los partidarios de Velázquez favorecidos por el Obispo de Burgos, y los de Cortés á quienes protegía el duque de Béjar; pero no llegó el Regente á dirimirla por su exaltación á la cátedra de San Pedro; mas Carlos V que regresó por entonces á España, después de oír á un Consejo que al efecto formó, resolvió

que no se mezclasen en los negocios de la Nueva España el Obispo de Burgos ni el Gobernador de Cuba, y con fecha 15 de octubre de 1522 le expidió á Cortés en Valladolid el título de Capitán general y Gobernador de la comarca, asignándole un sueldo competente.

Vencedor de sus enemigos en la corte y dueño del país, don Hernando se ocupó entonces en reedificar la capital en el mismo sitio que antes ocupaba, pues no obstante su mala posición, prevalecieron en su ánimo los deseos de que la moderna ciudad sustituyera á la antigua con ventaja.

Dividió en dos partes el suelo en que se iba á edificar, destinando el centro á los españoles; distribuyó en manzanas toda aquella extensión, dividió las manzanas en solares que adjudicó á los que se asentaran por vecinos de la nueva villa, formando la *traza* ó plano de la ciudad, cuyo perímetro estaba limitado al Norte por las calles que hoy se llaman de los Plantados, Puente del Cuervo, Chiconautla, Cocheras, iglesia de Santo Domingo, Misericordia hasta el Puente del Zacate; al Sur por la plaza de las Vizcainas, Tomito de Regina, San Gerónimo, cuadrante de San Miguel, Buena Muerte y San Pablo; al Oriente por las de Muñoz, Curtidores, Danza, Talavera, Santa Ifigenia, Alhóndiga, Santísima, hasta el callejón del Armado; y por el Poniente, Puente del Zacate, Rejas de la Concepción, Puente de la Mariscala, Santa Isabel, S. Juan de Letrán, Hospital Real, y 1.^a, 2.^a y 3.^a de San Juan. Dedicó para la construcción de las casas y edificios un número tan considerable de indígenas, que el padre Motolinia lo compara al de los operarios del gran templo de Salomón, considerando esta faena como una de las plagas que tuvieron que sufrir los naturales, pues sin sueldo tenían que trabajar sin descanso.

Ocupado el Conquistador en semejantes tareas, así como en hacer los repartimientos de los indios y en ensanchar sus dominios, pasó los dos años siguientes. Entre los capitanes que envió á expedicionar, Juan Álvarez Chico y Alonso de Ávalos fueron á Colima; Gonzalo de Sandoval á Tochtepec, Huatuno y Aulicapan, Rodrigo Rangel y Pedro de Ireio á la Villa Rica; Orozco á Oaxaca y Cristóbal de Olid á Michoacán, extendiendo así diariamente y por todas partes la conquista de aquel extenso país, cuya defensa quedó reducida á los esfuerzos aislados de algunas belicosas tribus que con todo su heroísmo no pudieron resistir en detalle, aquella oleada avasalla-

dora que el mismo Imperio no fué capaz de contener. En el año de 1523 mandó á Olid con cinco buques y cuatrocientos soldados á conquistar otras provincias llamadas las *Hibueras* que se decía eran riquísimas; pero al pasar Olid por la isla de Cuba se dejó ganar por los partidarios de Velázquez, de manera que se rebeló contra Cortés é hizo la empresa por su propia cuenta.

Don Hernando que tal cosa supo por el factor Gonzalo de Salazar que llegó de Cuba en principios de octubre de 1524 mandó luego en persecución del rebelde á Francisco de las Casas que con ciento cincuenta hombres y dos buques se dió á la vela en Veracruz. Cuando se presentó en las Hibueras, Olid estaba con pocas tropas, por haber mandado las más contra Gil González de Ávila que también trataba entonces de hacer conquistas en aquel territorio; pero habiendo pasado algunos días en los requerimientos que hacía á aquellos beligerantes el bachiller Pedro Moreno en nombre de la Audiencia de la Española para que no se hostilizasen, un recio temporal destruyó las naves de Casas, con lo que Olid logró derrotarlo y aun hacerlo prisionero lo mismo que á su otro enemigo González de Ávila. Tranquilo con este resultado Olid vivía en la villa de Naco, cuando puestos de acuerdo los soldados fieles de Cortés formaron una conspiración y en una noche después de la cena, se arrojaron sobre él varios de los conjurados y le dieron de puñaladas; aunque logró evadirse gravemente herido, bien pronto fué encontrado, y formándole un breve proceso le cortaron la cabeza. Concluida de esa suerte la campaña de Casas, dejó fundada la villa de Trujillo y se volvió para México; pero Cortés no satisfecho con mandar á aquel capitán salió personalmente á castigar á su teniente, abandonando la capital en 12 de octubre de 1524 con un ejército de ciento cincuenta dragones y otros tantos infantes, con tres mil aliados y llevando consigo á los reyes prisioneros de México, Acolhuacán y Tlacopán.

Partió primero para Coatzacoalco, en donde permaneció algún tiempo, pasando de allí por el territorio de Tabasco hasta llegar á Itzapán de donde siguieron para Honduras, caminando por terrenos pantanosos, interceptados por caudalosos ríos ó bien por montañas elevadas, careciendo de viveres y sufriendo mil contrariedades. Por fin llegó aquel ejército frente de Naco, sin haber encontrado á Casas ni haber recibido en tan dilatado viaje de quinientas leguas,

ninguna noticia, y ya se preparaba á romper las hostilidades, cuando recibió la buena nueva de la muerte de Olid y sumisión de sus fuerzas.

En este viaje y cuando llegaba á Izancanac, cansado ya Cortés de sus reales prisioneros, pretextando que conspiraban, los mandó ahorcar el martes de carnaval, 25 de febrero de 1525. Cuando le avisaron esta resolución á Cuauhtemoczin, recibió con indiferencia la noticia de su inmediata muerte, protestando de su inocencia y amenazando á Cortés con que Dios le tomaría cuenta; pues había recibido las aguas del bautismo con el nombre de Fernando y manifestaba ser un buen creyente.

Horrible y nuevo crimen que mancha la memoria de Cortés sin que encuentre disculpa alguna, pues á más de que pudo fácilmente separar á aquel príncipe de su pueblo remitiéndolo á España, no era ni verosímil una conspiración en aquellos momentos, cuando se encontraban tan distantes de México¹.

El Mapa de Tepechpán, que es una historia sincrónica de Tepechpán y de México, que empieza en 1298 y llega hasta 1589, refiere la muerte de Cuauhtemoc por medio de un jeroglífico en que aparece el último monarca azteca colgado á un árbol por los pies; lo cual indica que ese suplicio le fué aplicado, aumentando así la crueldad del crimen.

El rey Carlos V por cédula de 2 de octubre de 1525 reprobó el hecho y reprendió á Cortés.

1. Fecundo recurso para los tiranos ha sido siempre el de las conjuraciones. Francisco Pizarro después de haber invitado á Atahualpa, Inca del Perú, para que tuviese con él una pacífica entrevista en Caxamalea, diciéndole que lo recibiría como amigo y hermano, lo sorprende al presentarse inerme y lo cautivó el 16 de noviembre de 1532, cometiendo una horrible felonía; y después de haberle ofrecido su libertad por un fuerte rescate, y de haber recibido por ella la enorme suma de quince millones y medio de pesos en oro y cincuenta y un mil seiscientos diez marcos de plata, pretextando una conspiración, lo mandó quemar vivo, cuya sentencia conmutada en la de suplicio ordinario, se ejecutó el 29 de agosto de 1533.

Nuño Beltrán de Guzmán en la expedición que hizo para conquistar la Nueva Galicia, después de haberle dado tormento al rey de Michihuacán, Tangoaxán II por cuyo medio logró apoderarse de 400 marcos de oro y mil de plata, pretextando una conspiración, lo quemó vivo en Puruándiro en febrero del año de 1530.

En 1526 Francisco de Montejo, natural de Salamanca, hombre de estatura mediana y agradable aspecto, alegre, frívolo y apenas mediano soldado, fué nombrado gobernador y adelantado de Yucatán, marchando con 400 cástallanos á dominar el país que se le había confiado. Llegó hasta Tchichen-Ytza y aunque al principio se le recibió por los naturales con indiferencia, mas cerca de Ake fué asaltado por numeroso ejército durando la pelea día y medio, logrando por fin una costosa victoria, pues perdió más de ciento veinte españoles; después fundó á Villa Real el contador Alonso de Ávila, pero siguieron las batallas, los conquistadores se vieron abandonados, sin víveres, así fué que después de una constante campaña Montejo con unos cuantos soldados se vió obligado en 1527 á abandonar la península con mil trabajos, conquistándola después su hijo, habiendo penetrado por el río Tabasco y Champotón y fundado á Mérida, en 1542, donde estaba el pueblo de Tiho. Años enteros duró la guerra, terminada la cual algunos religiosos empezaron á propagar la nueva civilización, distinguiéndose fray Jacobo Testera, fray Martín de Hoja Castro y fray Luis de Villalpando.

Un año y siete meses duró la referida expedición de las Hibueras, pues en 24 de mayo de 1526 el Capitán desembarcó de vuelta en Veracruz, tan extenuado por una grave enfermedad que padeció, que apenas pudieron reconocerle sus amigos.